



PLAZA VACÍA

Plaza de toros, vieja y noble plaza,
desierta al amarillo sol de enero.
Decoro renaciente, árabe traza
circundando una ausencia de torero.

Yo gusto de asomarme al graderío,
lecho de humanidad torpe y prensada,
que hoy se me ofrece incólume y vacío,
concéntrico diafragma de la nada.

Aritmética cifra que se cierra,
figura de yacente geometría,
símbolo del retorno en cielo y tierra,
el rueda eterno, el cero que se hastía.

Ahora tan puro, tan callado y quieto,
sin huellas de fantasmas de oro y seda,
sin que una radioscopia de esqueleto
filigrane el envés de la moneda.

¡Ay, círculo del ocio y la costumbre,
brocal del pozo despiadado y crudo,
que a tu averno maldito, azumbre a azumbre,
vas trasegando el vino del embudo!

Vino espeso y morado de varones
—¡oh bochornoso verbo!—que se aburren,
jugo de solitarios salomones
que, la carne hastiada, el tiempo espurren.

¿Por qué detrás del rito que enajena
queda en la lengua un gusto de ceniza?
¿Qué poder de absorción sume esa arena
que así reseca, cierra, esteriliza?

Mirándola en la plácida desidia
de esta inocente, idílica mañana,
voy despertando estampas de la lidia,
vencedoras del limbo y la desgana.

Allí fué el toro, mole que alza y hiende;
aquí el muerto caballo plegó el cuello.
Junto a esas tablas donde el sol se tiende,
el cruzir del fulmíneo descabello.